

La Universidad frente al Tercer Milenio

Ceremonia de Ingreso Instituto Mexicano de Cultura

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN

Director de la Facultad de Derecho de la UNAM

La cultura es la manifestación más rica, más poderosa y más compleja de la memoria; es la defensa de las civilizaciones frente al poder destructor del olvido y de la indolencia; la cultura nos permite, más que acumular, construir; más que contemplar, edificar; es todo aquello que hace posible que el hombre sea, como decía André Malraux, algo más que un accidente en el Universo.

Me honra y me llena de orgullo la invitación del Instituto Mexicano de Cultura, que me abre las puertas el día de hoy. Me honra porque me permite unir mi esfuerzo a uno de los ideales más altos a los que puede convocarse a un hombre: construir, preservar y difundir la memoria que da sentido e identidad a su sociedad; me enorgullece, porque al conocer los nombres de quienes han dedicado sus palabras y sus pensamientos a este Instituto, no puedo sino saberme objeto de una gran distinción.

Pronto harán cien años que Justo Sierra pronunció algunas de las páginas más selectas de la prosa escrita en nuestra patria. En su discurso inaugural de la Universidad Nacional, el maestro de América, al referirse al conocimiento inerte que terminó por aniquilar a la

universidad colonial, dijo: "Los fundadores de la universidad de antaño decían: La verdad está definida, enseñadla; nosotros decimos a los universitarios de hoy: La verdad se va definiendo, buscadla".

Esa búsqueda es la cultura; entendida en el más amplio de sus conceptos.

Existe una relación necesaria entre Universidad y cultura. Para la Universidad, la cultura es su ámbito natural y, al mismo tiempo, el objeto de todos sus esfuerzos. La universidad, como institución, construye el futuro, crea cultura, no olvida el pasado y difunde el conocimiento. Al tratar de discernir los rasgos de la universidad para el siglo que comienza, en realidad, definimos la cultura que aspiramos a construir durante ese tiempo.

ORIGEN Y DESTINO DE LAS UNIVERSIDADES

La historia de la Universidad es la epopeya del género humano en la búsqueda de la verdad, en la comprensión del mundo y en el dominio de su propio espíritu. Es la historia de cómo la humanidad pudo concebirse a sí misma como especie inteligente, la única capaz de comprender y transformar su entorno, pero también capaz de comprenderse a sí misma y de transformar su propio ser.

Del mismo modo en que la máquina de vapor dio paso a la actividad industrial o que los sistemas electrónicos, lo hicieron con la era de la información; la Universidad aceleró el desarrollo intelectual, sembró las raíces de la ciencia y descubrió, para los hombres, el sentido de la libertad. Creó las bases para romper las cadenas físicas, pero lo que más importa, buscar la libertad del espíritu.

El mundo antiguo, no conoció el concepto de Universidad. La grandeza del mundo clásico, tanto de Grecia como de Roma, radicó en su capacidad e imaginación para crear los modelos del mundo occidental, los lenguajes de nuestra vida y de nuestro pensamiento, nuestras aspiraciones y, en una palabra, los fundamentos de nuestra civilización. Grecia, la maestra de Occidente y Roma, la madre de nuestro derecho, no concibieron la idea universitaria; para hacerlo se debió entrar en contacto con Oriente, generar nuevas formas de vida y sobre todo, incubar el ansia de la libertad.

Al final del Siglo XI, diversas causas históricas coincidieron para hacer posible el nacimiento de las universidades. Las cruzadas, que habían mostrado a Occidente que el mundo era más amplio de lo que permitían suponer sus estrechas fronteras, formaron el germen de una curiosidad científica que ya no conocería límites; la existencia de hombres libres, emancipados de la tierra feudal, dueños de su tiempo, de su patrimonio y de su vida, crearon el sustrato personal de los hombres que podrían dedicar su vida al conocimiento; la memoria histórica resguardada férreamente en los monasterios y finalmente abierta a la sociedad laica logró que sus beneficios llegaran a un número mayor de personas.

Esta institución, absolutamente occidental, de la que no se conocen antecedentes ni paralelos en otras civilizaciones, significó la posibilidad de superar al individuo como medio y como protagonista de las ciencias y de las humanidades; propuso el trabajo colectivo animado por la búsqueda común de la verdad; implicó un profundo cambio en la vida política porque surgió de la idea de que nada podía escapar a su investigación ni a su cuestionamiento ni aún la fuerza de los más poderosos. Cuando las brumas del milenarismo se disiparon y el temido fin del mundo no aconteció, los hombres respondieron al temor, con la inteligencia, a las tinieblas con la luz de la razón, en una palabra, con la Universidad.

En ese entonces, hace ya mil años, los nacientes gremios de estudiantes y de profesores, establecieron un sistema de educación basado en los pilares que todavía hoy estructuran la vida universitaria: la investigación, para la construcción del nuevo conocimiento y el currículum fijo como instrumento de certeza en el conocimiento y para garantía de su transmisión; el otorgamiento de grados académicos, no sólo como certificaciones de conocimiento, sino como constancias de pertenencia a la corporación de los universitarios y por último, la convivencia entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del hombre para el dominio integral de la realidad.

Gracias al espíritu universitario, la humanidad pudo proponer modelos de explicación de la realidad; pero sobre todo, pudo crear nuevas formas de organización social, al adoptar la razón como única medida del conocimiento, al aceptar la posibilidad de comprender

el mundo, las universidades asumieron la responsabilidad de transformarlo. De ahí en adelante, todas las grandes ideas que han sacudido y transformado a la sociedad, salieron de las aulas, de las bibliotecas universitarias, del encuentro de los universitarios entre sí y de ellos con la sociedad.

LA UNIVERSIDAD AMERICANA Y LA CONSTRUCCIÓN DEL NUEVO MUNDO

Al momento de los grandes descubrimientos, cuando Occidente se abrió paso a través del océano, al mismo tiempo en que se cometían en nombre de la religión los más crueles excesos y que la promesa de El Dorado cegaba a los aventureros; en los mismos navíos en que llegaba la muerte desembarcaba la construcción de un nuevo mundo: un grupo de hombres, hijos del renacimiento, de la razón y de la esperanza, elevaron sus voces para fundar en nuestro continente las primeras casas de estudios universitarios.

Las Universidades de Santo Domingo, de México, de San Marcos de Lima y la de San Carlos de Guatemala, comparten el honor de ser las más antiguas del Continente en haber alcanzado su creación jurídica; pero corresponde a la de México el orgullo de ser la primera en abrir sus puertas e iniciar sus tareas.

En el año 1553 inició la más importante empresa cultural de la Nación Mexicana; en ese año, el 12 de julio, abre sus puertas la entonces Real y luego Real y Pontificia Universidad de México que, con el tiempo, se transformaría, después de avatares y luchas enconadas, que transcurren paralelas a nuestra historia, en la Universidad Nacional Autónoma de México; núcleo por excelencia del pensamiento nacional y cuna espiritual de las más preclaras inteligencias de nuestro país.

Una de las principales vocaciones históricas de la universidad mexicana, han sido las humanidades. Resulta significativo que la primera cátedra dictada en las aulas universitarias, haya sido la de Cánones, antecedente de la actual Facultad de Derecho. Con ello, marca su destino para decantarla en favor de las mejores causas de nuestra sociedad.

Pero resulta también de gran trascendencia el hecho de que, al igual que el libro y la imprenta, la universidad en América es, por su origen, mexicana. Desde la capital de la Nueva España irradió hacia los demás puntos del continente y generó una tradición universitaria tan antigua como arraigada en el ser de la Nación.

UNA NUEVA UNIVERSIDAD, LA CONQUISTA DE LA AUTONOMÍA.

La historia de esa primera Universidad no ha sido sencilla. Puesta siempre en el centro de la discusión sobre la identidad y la cultura de nuestro pueblo, ha sabido sobrevivir gracias a su encuentro con la sociedad y a su búsqueda incesante de igualdad, libertad y justicia.

En el proceso de conquista de la libertad, la Universidad ha tenido que ganar sus propios espacios, construir su identidad y hacer valer su existencia más allá del poder, primero del Estado y luego de los grupos de presión distintos del poder público; la autonomía universitaria ha sido, en ese sentido, tanto su máximo logro, como el pilar para la construcción de su futuro. Sin la Autonomía no sólo no existiría la Universidad que hoy conocemos, peor aún, sin ese derecho no habría Universidad posible.

El concepto del libre albedrío universitario surge a partir de la autonomía científica planteada por Justo Sierra en 1881. Su proyecto no prosperó en el Congreso; sin embargo, estableció el consenso para la creación de la Universidad Nacional; gracias a ese impulso, el 26 de mayo de 1910, se constituyó la Universidad Nacional de México; concurren a su formación las Escuelas Nacionales Preparatoria, de Jurisprudencia, de Medicina, de Ingenieros, de Bellas Artes y de Altos Estudios.

Hija y constructora de la Revolución, la Universidad cristalizó como proyecto social al triunfo del movimiento armado. El Constituyente de 1917 incluyó dentro de la esfera centralizada de la administración pública, al Departamento Universitario y de Bellas Artes, el cual tenía a su cargo la administración de la Universidad. Lo anterior representó un avance, pero no suficiente pues el control del Ejecutivo Federal sobre la Institución, era completo y por tanto, se aniquilaba su independencia administrativa.

Para cumplir con los fines universitarios surgieron en Latinoamérica, a partir del movimiento de Córdoba, Argentina, en 1918, diversas demandas de autonomía, como un reclamo de libertad que permitiera sacar del atraso a nuestras naciones, mediante la aplicación del saber universitario a los grandes problemas existentes.

La Ley Orgánica del 26 de julio de 1929, definió a la Universidad Nacional de México como una corporación pública con capacidad jurídica; en ella, por primera vez, se reconoció la autonomía, aunque no en forma plena ya que la Secretaría de Educación Pública contaba con un delegado dentro del Consejo Universitario y su rector era designado de acuerdo con una terna propuesta por el Presidente de la República.

En 1933, en medio del debate entre la libertad de cátedra, sustentada por Antonio Caso, y la educación socialista, planteada por Vicente Lombardo Toledano, se expidió una nueva Ley Orgánica que amplió los rasgos de la autonomía; pero mantuvo en silencio el carácter nacional y público de la Universidad.

El 3 de agosto de 1944 se formó el Consejo Constituyente Universitario que propondría, finalmente, la auténtica y total autonomía, mediante el Proyecto de Ley por el que la Universidad finalmente adoptaría su conformación actual.

La Ley Orgánica, publicada el 6 de enero de 1945, amplió el concepto de autonomía, indicó expresamente el carácter nacional y público de la Universidad y estableció la obligación estatal de otorgar subsidios periódicos. Desde entonces, se concibe a la autonomía como la forma más alta de libertad de investigación y de cátedra, presupuesto indispensable de la función universitaria.

Esta autonomía, establecida desde 1929 y fortalecida en 1945, no fue, como decía el maestro García Máynez, "una dádiva, sino que corresponde por su naturaleza a una institución que lleva las características universitarias".

LA UNIVERSIDAD EN UN MUNDO CAMBIANTE

Desde el siglo XVI, México comparte su historia civil, cultural y política, con una larga y constante tradición universitaria. Hoy, a más de

cuatro siglos de distancia, la Nación surgida del encuentro de dos culturas, templada en las gestas por su libertad, se ha transformado para adquirir mil rostros diferentes, hereda la constancia de la historia, la memoria de la cultura, y el anhelo de la libertad.

La Universidad, tan antigua como la patria, se encuentra hoy en una encrucijada, posiblemente una de las más importantes en sus 450 años de vida institucional. Nuestra Casa, sigue siendo la más grande institución de enseñanza superior en nuestro país; por sus casi 300,000 alumnos y 35,000 académicos, su producción intelectual, su investigación científica y su experiencia humanística, su acervo y la trascendencia de su actividad en la vida pública del país.

En el mundo, la sociedad y la educación han cambiado a una velocidad inusitada; nuestro país no es la excepción, así las necesidades de los alumnos y el perfil de los académicos universitarios corresponden a los de una nueva generación de mexicanos que emprenden el diseño del siglo que ha iniciado con nuevas perspectivas, nuevos parámetros y distintos enfoques.

María Zambrano decía que el horizonte es inalcanzable porque en cuanto uno emprende el camino para tocarlo, el horizonte se desplaza, se amplía y se hace tan grande como el mundo. Conquistar el horizonte es buscarlo, saber que no se puede llegar al límite, pero que, en cambio, permite caminar infinitamente hacia adelante.

En la búsqueda de ese futuro posible, la Universidad mexicana debe reflexionar sobre sí misma e imaginar lo que puede llegar a ser, debe conocer sus necesidades y sus posibilidades, revalorar sus activos y cuestionar sus carencias, debe crearse a sí misma, a partir de su tradición y de sus sanos impulsos de cambio; debe, a fin de cuentas, decidir cómo evolucionará como la Casa de Estudios que existirá y permanecerá durante el siglo XXI.

LOS RETOS DE UN MAÑANA YA PRESENTE

La conciencia es la capacidad de todo ser de conocerse a sí mismo, de reconocerse distinto a los demás y, ante todo, de saberse parte del entorno en el cual existe y se mueve. Para afrontar los retos del futuro, la primera necesidad que la Universidad debe satisfacer, es la de

fincar un carácter que la identifique y la diferencie de otras instituciones de educación superior en México; en otras palabras, debe encontrar aquello que la distingue y que le permite afirmarse como una oferta educativa, como un centro de conocimiento y como un punto de difusión del saber, no sólo independiente, sino con rasgos propios que la hagan insustituible.

La Universidad Nacional Autónoma de México es, sobre todo, una comunidad académica; los universitarios nos concebimos como un conjunto de individuos, con necesidades, historias y perspectivas peculiares que, sin embargo, nos hemos comprometido en una tarea de convivencia con objetivos comunes. El sentido orgánico de la comunidad, el valor intrínseco que representa para todos sus miembros y el necesario contenido moral y solidario que encierra, son los valores que definen los nexos que unen tanto a los estudiantes como a los académicos.

Como comunidad académica, la Universidad posee una serie de fines propios que constituyen su naturaleza; es una comunidad de aprendizaje, de reflexión, de investigación, de discusión y divulgación en donde cada uno de estos fines apoya y complementa a los demás. En una comunidad universitaria moderna, la distancia entre la docencia, la investigación y la difusión no atañe sino a formas de organización y administración pues, esencialmente, la tarea académica tiende a la integración de las disciplinas y áreas del conocimiento, a la integración de los miembros de la comunidad y de sus objetivos comunes.

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD, UNA NUEVA RELACIÓN

La Universidad Nacional es una institución de grandes dimensiones, es un crisol de condiciones sociales, étnicas y regionales que retrata el ser íntegro de México. Por su conformación académica y su condición demográfica, es una comunidad joven, basada sobre todo en su sistema escolarizado de educación profesional.

La Universidad, como cada una de sus facultades y escuelas, sigue siendo una importante válvula de movilidad social. Gran parte de la población estudiantil de nuestra comunidad, sigue sus esperanzas en

la Universidad como el único acceso posible a la educación superior, más de la mitad de los estudiantes pertenecen a la primera generación de sus familias, en cursar estudios profesionales; sin embargo, en términos reales, el presupuesto asignado y ejercido no corresponden en modo alguno a la importante función social que se desarrolla, especialmente si se considera que ni la empresa privada ni el ejercicio de la burocracia están cumpliendo con las funciones de movilidad social que cumplirían.

Esta es la razón por la cual, en los años por venir, la Universidad deberá seguir siendo una institución pública. Para responder a los retos de una sociedad creciente, cada vez más demandante y con necesidades de urgente satisfacción, es necesario contar con una universidad popular, que pueda llegar a donde el mercado no puede acceder. Ni todas las necesidades sociales se suplen por el mercado, ni la universidad puede cumplir sus funciones sin el apoyo del Estado.

El mejor instrumento de la Universidad para alcanzar el futuro es la fuerza de su propia tradición; al mantenerse fiel a sí misma, a su ideal y a sus principios, nuestra Casa puede ofrecer un mejor panorama para la cultura nacional. En su histórico discurso, Justo Sierra se refirió a la diferencia entre los miembros de la Universidad Nacional y los de la universidad colonial afirmando: "Aquéllos decían: Sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político, resumido en estas palabras: Dios y rey. Nosotros decimos: Sois un grupo en perpetua selección, dentro de la substancia popular y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad".

Esa es la identidad universitaria que es necesario preservar para que tengamos una universidad fuerte y funcional.

CAPACITACIÓN O EDUCACIÓN, UN DILEMA APARENTE

La mayor parte de la vida institucional de la Universidad se desarrolla en el cumplimiento de la función docente en el grado de licenciatura. Esto fortalece la idea de la función social de la Universidad y coloca la generación de nuevos profesionistas como el principal producto generado en su comunidad.

La mayor incidencia de los profesores de asignatura sobre los de carrera, denota un perfil común a todas las instituciones de educación superior en México, y está relacionada con tendencias como el mayor índice de ingreso para actividades no académicas; pero además, se relaciona con el perfil de la mayoría de nuestras escuelas y facultades. Nuestros maestros por regla general no se ocupan exclusivamente de la educación y los estudiantes valoran de manera superior a los maestros que ejercen la profesión de manera liberal y a los que tienen posiciones políticas, burocráticas y gremiales destacadas, pues entienden que la combinación entre la teoría y la práctica les resulta beneficiosa para su formación profesional y en no pocas ocasiones, puede constituir una forma de ingreso al mercado de trabajo.

Del mismo modo, los estudiantes responden a este perfil en sus preferencias formativas. Claras tendencias ponen de manifiesto que los estudiantes prefieren encaminar sus estudios hacia áreas que pueden resultar, en un mercado de trabajo que desde luego no conocen pero que parece prometedor en ciertos sectores profesionales, económicamente más remunerativas en el corto plazo; una segunda tendencia se inclina hacia nichos de mercado recientemente abiertos o a nuevos temas en la nueva realidad científica, social y cultural de México y el mundo.

En este sentido, la Universidad Nacional, como muchas otras instituciones de educación superior, enfrenta la grave disyuntiva entre seguir siendo fuente de nuevo conocimiento, promotora de saber y de difusora de cultura o constituirse como centro de capacitación avanzada.

Pierre Vilar, afirmó que la cultura es un sistema de referencias; lo que construimos hoy nos permitirá comprender la realidad mañana; si la Universidad se limita al universo de lo inmediato, no podrá construir las referencias para crear la cultura del mañana; pensar que las presiones del mercado, fomentan la formación útil en el corto plazo, es llamarse a engaño, porque cambiar la educación por la capacitación limita nuestro horizonte y nos hará, en el mediano plazo, incapaces para resolver los problemas del futuro.

NUEVAS CAPACIDADES PARA UN NUEVO MUNDO

Para poder cumplir sus funciones en el nuevo milenio, la Universidad deberá desarrollar rápidamente nuevos modelos educativos y en los miembros de su Comunidad, nuevas capacidades; deberá generar aptitudes en los estudiantes y en los académicos de manera que puedan desarrollarse en un mundo saturado de información, y por ello más difícil de discernir y de aprovechar.

La Universidad del siglo XXI sólo tendrá sentido en la medida en que sea capaz de asumir nuevas funciones. La Universidad deberá estructurar y organizar la información recibida por el estudiante a través de diferentes medios. También deberá proporcionar los recursos necesarios para poder relacionar, valorar y discernir la información recibida, y anticipar sus consecuencias y posibilidades de aplicación a las distintas áreas de la vida y de la cultura.

El universitario del nuevo siglo no sólo deberá conocer, sino dominar los nuevos instrumentos que le permitan aprender a aprender y hacer con ello su propio aporte a la sociedad. Ya no basta con informar, porque la demanda de conocimiento no se basta con administrar datos asimilados, sino en generar instrumentos que le garanticen la capacidad de conocer, comprender y descubrir.

Deberemos también aprender y enseñar a crear nuevas aportaciones a la sociedad. Hasta ahora, los ciclos económicos han llevado a la Universidad a formar personas para hacer un trabajo, aunque no siempre puedan ejercerlo. La realidad demandará constantemente una formación en la que, en lugar de conseguir habilidades personales, logremos competencias como la participación en equipo y la toma de decisiones. Si hay un valor que el futuro sabrá privilegiar es la creatividad.

Los universitarios, como profesionales, como docentes y como científicos, deberán aprender y enseñar a convivir y a trabajar en proyectos comunes: el Informe de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI, de la UNESCO, el Informe Delors; asegura que este es uno de los retos más importantes del siglo XXI.

Educar, en el nuevo siglo, es –como dijo Alfonso Reyes, al referirse a la educación en la Grecia clásica–: “cultivar al mismo tiempo el

conocimiento de lo verdadero, la voluntad de lo bueno y la sensibilidad de lo bello”.

INVESTIGACIÓN Y FUTURO, EL RETO DE LA AUTONOMÍA.

Las universidades están llamadas a la colaboración, a la formación de fuertes redes que compartan el conocimiento, la labor académica e, incluso, su personal académico y su alumnado.

Es por ello que al nacer la universidad, si bien se optó por la colaboración de las personas en su propia comunidad; hoy, la época de aislamiento de las universidades ha terminado. La universidad del futuro sólo se explica en el concierto de todas las instituciones de educación superior.

Las tecnologías de la información y la comunicación ofrecen nuevas posibilidades para que investigadores radicados en América Latina puedan cooperar activamente con colegas de otras instituciones del mundo. Esa cooperación es completamente necesaria para evitar que nuestro continente deje de conformarse con una investigación periférica, una ciencia aislada de los centros más dinámicos y, por lo tanto, menos dotada para contribuir a la creación cultural y a la solución de los problemas sociales en nuestros países.

Esta colaboración entre universidades es también un reto para el Estado. Como está concebida hoy en día, la cooperación científica internacional ayuda sólo a los científicos que, además de trabajar con mayores rendimientos, lo hacen en torno a temas seleccionados por el mundo desarrollado, temáticas que pueden o no coincidir con las prioridades de nuestros propios países. Es necesario que el Estado salga en defensa de sus universidades, estableciendo políticas públicas que hagan suyos los problemas de las sociedades que las sustentan.

El sistema actual de apoyo en América Latina ahonda la brecha entre los países desarrollados y los que tratamos de lograr mejores niveles de vida; desalienta lo que podríamos llamar “investigación de riesgo”, la que incursiona por nuevos caminos, o en los temas específicos de nuestras naciones y que por ende tiene menos probabilidades de obtener pingües resultados económicos.

Debemos tener conciencia de que son estos temas los que determinan el futuro de la universidad y de su autonomía. Lo que antes fue el reto frente al Estado, ahora es también un reto frente a una globalización difícil y no siempre justa.

LA UNIVERSIDAD, UNA LUCHA SIEMPRE POR HACER

La Universidad no puede olvidar su compromiso con la igualdad de oportunidades; el proyecto que tiende a equiparar a la universidad con una proveeduría de mano de obra altamente calificada, significa romper el sentido de la igualdad entre los estudiantes; el mercado de trabajo responde a razones y fuerzas muy diferentes a las que conforman el sentido de la Universidad.

La función principal de la Universidad no es únicamente, la formación de profesionales capacitados, sino fomentar el desarrollo a través de la crítica y el conocimiento, del fomento de valores colectivos y de la creación de una conciencia útil para enfrentar el futuro.

Esa es la Universidad a la que nuestra comunidad aspira. Para todos los miembros de ella, su nombre representa compromiso histórico y una misión fundamental, vocación que se cumple en el esfuerzo continuado y que rinde frutos en cada generación que egresa.

Si hay un término que define a la Universidad del tercer milenio, ése es el de compromiso con la sociedad, la ciencia y la cultura, más allá de la eficiencia económica; más allá de la preparación de los profesionales aptos para las demandas del mercado. En nuestra Nación y en nuestra circunstancia, la Universidad es y seguirá siendo, el mejor instrumento de cambio para una sociedad más libre, más justa y más democrática.

Muchas gracias.